

## Editorial

La pandemia trastocó todos los procesos y ámbitos de la vida cotidiana, la educación fue uno de ellos, donde no solamente se tuvo que adaptar los medios, instrumentos y mecanismos para continuar con las “clases” a distancia bajo las condiciones adversas que de improviso llegaban, también se tuvo que repensar las estrategias didácticas para que sean innovadoras con formas de evaluación que se ajusten a estas dificultades. Muchos docentes asumieron el reto, pero otros se limitaron a repetir lo que en la presencialidad hacían; no obstante, aunque las opiniones acerca del rol docente en este proceso son numerosas, poco se lee o habla de los retos que tuvieron que asumir los estudiantes, sobre todo relacionadas con las costumbres que acogieron.

En el distanciamiento social, hubo dos grandes divisiones para continuar con las clases: por una parte, aquellos que no tenían medios, plataformas o instrumentos para continuar con sus estudios y optaron por formas básicas como WhatsApp o manejo de guías físicas, en ambos casos, teniendo poco contacto con una o dos veces semanales para entregar lo encomendado. Por otra parte, se dieron las llamadas “clases virtuales” que estaban rodeadas, para los alumnos, del sin número de situaciones que el contexto en el cual las “recibían” ponía, la mayoría en sus hogares, otros en el trabajo de sus padres y otros en medio de las labores que les dejaban de tarea en casa. Bajo estas circunstancias, bien sea en el hogar o el trabajo, e independientemente de cómo continuaron el proceso, la distracción era más acentuada que en las aulas tradicionales de clase y eso lo vivieron durante los casi dos años de aislamiento social.

Bajo lo expuesto, hubo varias costumbres que adquirieron nuestros estudiantes, por nombrar algunas: esperar a que los padres de familia les

ayuden o desarrollen sus tareas, entregarlas de manera tardía, no estar ubicado y vestido de manera apropiada para las clases, procrastinar, abandonar lo que iniciaban, dividir su atención en dos o más situaciones seguido de bajo uso de memoria de trabajo, solucionar sus dificultades con cualquier excusa relacionada con el medio utilizado para las clases, vivir las interrupciones en medio de las clases desde el contexto en el cual estaban ubicados y hasta hubo personas que desarrollaron el don de la ubicuidad, al estar presentes en varias reuniones, clases y lugares virtuales al tiempo.

Si pensamos con detenimiento estas situaciones que los estudiantes vivieron y a las cuales se acostumbraron durante la pandemia, entenderemos en algo la serie de consecuencias que se tienen ahora que se retornó a la presencialidad, por nombrar algunas: no desarrollar sus tareas, pedir más tiempo del requerido para entregarlas, no llevar correctamente sus útiles escolares sumado a la falsa imagen que proyectan en las clases, dedicarse más a las relaciones sociales que a las académicas, falta de continuidad en sus procesos académicos y de estudio, falta de atención, percepción y memoria, capacidades fundamentales para el normal desempeño humano, delegación cognitiva, invención de excusas, interrumpir las clases frecuentemente con acciones fuera de contexto y falta de organización de sus cronogramas y calendarios escolares.

Si bien, desde la educación, afrontamos la pandemia y salimos aparentemente victoriosos al querer continuar los procesos educativos con nuestros estudiantes, las ganancias que obtuvimos en el ámbito académico fueron menores y, en algunos casos, hasta nulas con pérdidas de hábitos de estudio que tardaron varios años en lograrse. Es así como, particularizando en la universidad, los estudiantes de quinto y tercer semestre vivían la Universidad junto con los estudiantes de primer semestre, justo cuando llegaron a la presencialidad, desconociendo una

serie de procesos intra universitarios que se dieron a conocer en la inducción, pero que de poco o nada sirvieron al ponerlos en práctica al interior de la vida universitaria presencial; los resultados de las evaluaciones presenciales bajaron ostensiblemente y el rendimiento académico es menor, dejando de lado los aprendizajes que supuestamente alcanzaron durante el distanciamiento y, lo más grave, las prácticas profesionales en campo y laboratorios dejaron vacíos que no se puede rellenar si no se repiten de manera completa, correcta y apropiada.

Los aprendizajes dejados por la pandemia fueron muchos, tal vez, de llegarse a dar de nuevo la podremos afrontar mejor, pero las consecuencias educativas, de las cuales poco pensamos, también nos dejaron mal posicionados en lo académico y no debemos dejarlas de lado autoengañándonos con los aparentes resultados alentadores de haber tenido clases en la distancia, pero con poca ganancia real en la presencialidad, que es como se vive realmente.

**José Luis Romo Guerrón**  
Coordinador del Programa  
Licenciatura en Informática